

Prosa caribeña de Enrique Bernardo Núñez: su novela *Cubagua* y su ensayo *Orinoco*

Por Ceisa HIRSHBEIN

Introducción

LA COSTA ORIENTAL DEL MAR CARIBE y la literatura caribe son dos términos que se nos vienen a la mente cuando presentamos nuestro título temático en el contexto del Congreso de la SOLAR, celebrado en la Universidad de West Indies, el mes de octubre del año 2002 en la isla de Trinidad. Pero a la vez es importante hacer la advertencia que no tomamos dichos términos en el sentido de algún lenguaje especial, pues cada país de la zona tiene el suyo. Realmente estamos refiriéndonos a nuestra común historia y especialmente a una posición geográfica muy especial y también común. El oriente costero venezolano forma un cuadrado geográfico con Trinidad, las islas de Cubagua y Margarita conjuntamente al imponente delta del río Orinoco. Y dentro de esta confluencia de identidades, el autor venezolano que vamos a tratar, Enrique Bernardo Núñez, nacido en Valencia (Estado Carabobo) en 1895 y fallecido en la ciudad de Caracas en 1964, vivió durante algún tiempo en Margarita y gran parte de sus escritos los dedicó en forma constante a asuntos caribeños, insertos en lo más profundo de nuestra historia.

Así pues, Margarita, Cubagua, la desembocadura del Orinoco y Trinidad forman un marco de referencias muy caribeñas y comunes en nuestra historia y geografía. De tal modo que no sé si el tema es una excusa para hablar sobre este cuadrangular geográfico-histórico, o si la literatura es a la vez un pretexto para introducir estos temas de la obra literaria de Enrique Bernardo Núñez, cuyas ramificaciones nunca había imaginado antestán interesantes y ... tan actuales. Y para imbricarlo con la temática del Simposio “El Caribe: *mare nostrum*, que habla con las voces de Eros y Thanatos desde dentro y fuera del continente americano”, encontré esta cita donde George Steiner en su monumental obra *Antígonas* afirma que

los principales mitos griegos están impresos en la evolución de nuestro lenguaje y en particular de nuestras gramáticas. Si mi corazonada es correcta y en este terreno todo está pendiente de demostración— expresamos vestigios orgánicos de mito cuando hablamos. De ahí la presencia constante

en nuestra mentalidad y en nuestra cultura de Edipo y de Helena, de Eros y de Tánatos, de Apolo y de Dionisos.¹

Cubagua, *la isla .. la novela*

LA historia del Caribe Oriental —Margarita, Cubagua, Trinidad y la desembocadura del Orinoco— es la historia de complicadas coincidencias que convergen en un común denominador: la búsqueda de El Dorado. Bosquejar la imbricación entre esa historia de aventuras, codicia, asesinatos envueltos en ilusiones perdidas y la literatura que la inspira es el fin de estas páginas.

Dice John Hemming que “el objeto final de todo conquistador era descubrir una mina de oro o plata que ofreciera un fluido constante de tesoros”.² En efecto, la esperanza de encontrar imperios escondidos con grandes riquezas y el deseo de descubrir extraordinarias minas de piedras preciosas era un incentivo para las extraordinariamente peligrosas aventuras de los conquistadores. Terribles padecimientos, clima inhóspito, enfermedades, animales al acecho, el hambre y la espesura de la selva no importaban ante un imaginario panorama de áureas ciudades. Primero era el famoso “hombre dorado” que algunos decían haber visto espolvoreándose el cuerpo entero con oro en polvo para luego, con el tiempo y la vaguedad que se desprende del imaginario, amalgamarlo al mito de El Dorado. Es cierto que de hecho existían ciudades imponentes por sus riquezas naturales, sus perlas y su notable orfebrería dorada, y efectivamente muchos conquistadores quedaron deslumbrados ante los tesoros del Perú y México, unos por verlos y otros por los rumores que les llegaban sobre sus maravillosas obras de orfebrería. Finalmente, después del deslumbramiento primigenio y los consecuentes despojos iniciales, quedaron ruinas y sobre todo... la leyenda.

Debo decir además que el afán de hallar tesoros en lugares exóticos es ciertamente anterior a la conquista y es parte del imaginario de los pueblos que se pierde en el tiempo y que el hombre tiene por herencia ancestral junto a su necesidad de crear, imaginar mundos llenos de esperanzadoras riquezas en las cuales revolcarse y que pudieran ser conquistables por sus propias manos. Estos imaginarios transmutados en mitos y leyendas se trasladaron como un embriagante rayo impulsor

¹ George Steiner, *Antígonas una poética y una filosofía de la lectura*, Barcelona, Gedisa, 1987, p. 228.

² John Hemming, *En busca de El Dorado*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1984, p. 11.

al conquistador español, alemán e inglés que irrumpió con fuerza demoledora en las tierras de “nuestra América”. Después de sacrificar muchas vidas, de someterse a frustrantes búsquedas y consecuentes derrotas, estas ansiosas y afanosas expediciones sirvieron, por sobre todas las nefastas consecuencias de una conquista, para extender el conocimiento geográfico del interior de Sudamérica y para penetrar en el mismo corazón del valle del Amazonas y en las descomunales cuencas de los imponentes ríos que serpentean las densas selvas tropicales.

Cuando llegó Colón por primera vez en 1498 a Tierra Firme, bordeando las costas de Venezuela, quedó en efecto impresionado por las perlas y objetos de oro que llevaban los indios de Paria. Muy pronto, después de estas primeras impresiones, se iba a encontrar la fuente de estos tesoros, y primeramente la de las perlas. Éste es el primigenio momento de un imaginario dorado que se concretaba aquí en el dorado brillo de las blanquecinas perlas venezolanas. Perlas que provenían de la yerma isla de Cubagua, cerca de la costa oriental de Venezuela. Empieza aquí una historia llena de codicia y ambición, que hasta hace no mucho atraía la aventurera imaginación de los hombres.

Cubagua está situada frente a las islas Margarita y Coche, en la costa norte de Venezuela, donde Alejandro de Humboldt por primera vez se encontró con tierras americanas y donde dejó la siguiente nota:

Haciendo rumbo hacia el oeste cruzamos pronto la isleta de Cubagua, hoy enteramente desierta, pero otro tiempo célebre por la pesca de perlas. Allí habían fundado los españoles, inmediatamente después de los viajes de Colón y de Ojeda, una ciudad con el nombre de Nueva Cádiz, de la que no se encuentran ya restos.³

Estéril y ciertamente desolado peñón: 9 kilómetros de largo por tres de ancho. Colón ya había avistado a la Isla de las Perlas a mediados de agosto de 1493. Cuenta la historia que Fernando el Católico, admirado de las hermosísimas perlas que de Cubagua le llevaron, se afaná porque allí hubiese poblamiento. También se tiene conocimiento que los hombres esclavizados en las Antillas pescaban ostras perlíferas en Cubagua, y para comprarlas los españoles hacían incursiones a lo largo de toda su costa y luego llevaban a los esclavos en los barcos, hacia el norte, para que trabajasen en las plantaciones de la isla de Santo Domingo. Y así, en efecto, entre luchas de dominio colonial y económico, se estableció en Cubagua una pesquería de perlas. Fue

³ Alejandro de Humboldt, *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, Caracas, Monte Ávila, 1990 (tomos I-V), tomo I, pp. 274, 429.

poderosa en la época de la conquista. Dominaba toda la costa de Tierra Firme, desde el fondo del Golfo de Cariaco hasta Maracapaná y toda la isla de Margarita. Pero, rica entonces en perlas, la isla estaba desprovista de todo lo demás para las necesidades cotidianas. De tal modo que de Margarita se traía la leña y del río Cumaná —siete leguas distante— el agua. Y precisamente Margarita, cuyas “altas cuevas” (Humboldt) se descubrían desde Cubagua, vino a disputar a su vecina isla la primacía del dorado perlífero. Con el tiempo en ambas islas se secaron las arcas después de la expoliación conquistadora. Y en Cubagua, para recuerdo de los tiempos y los admiradores por venir, solamente quedó el nácar. Según sabemos, Cubagua es la única ciudad en el mundo que tiene el suelo de nácar esterado, allí se encuentran riquísimas y originales especies de caracoles, se dice que el plano de la antigua capital se ha reconstruido con linderos de nácar. Pablo Neruda cantó su maravilloso banco de nácar.

Éstos debieron de haber sido los alucinantes antecedentes que tanto impresionaron al autor venezolano Enrique Bernardo Núñez para escribir su novela que igualmente tituló *Cubagua*, esa “fúnebre islilla cubierta de nácar” según palabras del propio autor. Aquellas seductoras imágenes invadidas de nombres, personas, cosas, perlas, nácar, ruinas y soledades acudieron a su memoria en los saturados meses en que se desempeñaba como secretario (1925) del entonces presidente de la isla de Margarita (Nueva Esparta), el conocido escritor caraqueño de franca tendencia modernista Manuel Díaz Rodríguez. Una capilla de la iglesia franciscana le servía de oficina, y fue allí donde tomó apuntes y donde acudieron aquellos fantasmas que luego se concretaron en esa importante novela que salió a la luz en 1931 y que es, posiblemente, la única narración venezolana que soporta el calificativo de real-maravillosa. De hecho, anterior a las obras de Alejo Carpentier, y como tal, la primera realización de lo real-maravilloso en toda la narrativa latinoamericana, según lo afirma Julio E. Miranda.⁴

Enrique Bernardo Núñez estaba muy consciente de la grave enfermedad que habían sufrido los conquistadores y que aún hoy día afecta las sociedades modernas: la codicia. Y protesta, especialmente a través del arte. Y es que Enrique Bernardo Núñez es con toda seguridad el más creador de estos ensayistas venezolanos de su generación del así llamado “neorevisionismo contemporáneo”, y eso sin desestimar la obra de Mariano Picón Salas, Mario Briceño Iragorry,

⁴ Julio E. Miranda, *Proceso a la narrativa venezolana*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1975, p. 115.

Augusto Mijares, Ramón Díaz Sánchez, Enrique Planchart o Caracciolo Parra León. Acaso seamos escépticos acerca de su doctrina espiritualista de la historia, pero todos sentimos la fuerza y el espíritu de su escritura. Y en este sentido, su obra imaginativa —sobre todo la novelística— es muy poética y muy actual. Sigue causando estremecimiento estético a la vez que comunicando su amor por la tierra con la que se siente tan comprometido. Nuestro personaje nació el día 20 de mayo de 1895 en Valencia. Conoció desde sus años estudiantiles la necesidad del periodismo y ya a los 14 funda en su ciudad natal el periódico *Resonancias del pasado*, cuyo título habla de su vocación histórica, a la vez que literaria. Lo vemos un tiempo en la Universidad de Caracas, pero desde 1912 se dedica exclusivamente al periodismo y a la literatura. En 1925, tal como decía anteriormente, Manuel Díaz Rodríguez, presidente para ese momento del Estado Nueva Esparta, se lo lleva a la isla de Margarita en calidad de secretario. Esta breve pero trascendental estancia de un año en la isla le inspirará su novela *Cubagua*, la cual comenzará luego a trabajar, curiosamente en otra isla caribeña, en Cuba, donde fue enviado como primer secretario de la Legación venezolana y donde es importante su amistad con Juan Marinello.

“Cuento y canto [...] canto al pasado”, así llama a la novela Luis Beltrán Guerrero.⁵ Pasado, pero también presente... y futuro. *Cubagua*, la isla con toda su alucinada historia y *Cubagua* la novela, novedosa, audaz y originaria, fundadora de un nuevo estilo literario. Es a la vez evocadora y fabulante, y que siendo historia no deja de ser novela, y donde se juega con el presente y se recuerda entrelazadamente el pasado. Recursos para lograr el descoyuntamiento de las sintaxis y que provoca en el lector relaciones insólitas, y así el uso de los tiempos verbales crea una conmutación a la vez que realista, maravillosa, tejida por diálogos e imágenes enigmáticas, cuya estructura circular está simbolizada por el monje que lleva su propia cabeza bajo el brazo. Rostros, personajes y situaciones van a ser los mismos de los conquistadores, de tal modo que el relato nos envuelve así en infinitos círculos ascendentes.

Enrique Bernardo Núñez había trabajado durante largos años la alquimia de su tema esencial, el “Secreto de la tierra”, que es como titula al segundo capítulo de la novela. Su técnica narrativa responde adecuadamente a las exigencias del mito y la leyenda imbricada a una alucinada historia y que permite el entrelazamiento de los tiempos y de

⁵ Luis Beltrán Guerrero, *Región y patria*. Caracas, Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1985 (Col. *Literatura y Pensamiento*, núm. 8), p. 160.

las civilizaciones, todo en un estilo de impresiones objetivas, cuya subjetividad misteriosa o mágica se da más en la fatalidad circular de esa mezcla que en las expresiones emotivas y apreciaciones del propio autor. Leamos este fragmento del capítulo primero que ya nos introduce en los tentaculares abismos del perdido dorado:

Tierra bella, isla de perlas

—Si usted ha leído las crónicas de Cubagua, sabrá que aquí estuvo el conde milanés Luis de Lampugnano. Él fue quien dibujó este plano.

Lampugnano ofreció a Carlos V, para la pesca de perlas, un aparato de su invención que hacía inútil el empleo de esclavos. El emperador concedió el privilegio por cinco años, a condición de reservar la tercera parte a beneficio de la Corona. Lampugnano, que estaba ya arruinado, armó una expedición y se vino; pero los vecinos de Nueva Cádiz, al tener noticia de la novedad, se rebelaron contra la orden imperial. El aparato era la ruina. Ya no iban a poder emplear indios en la explotación del mar. Esta razón suprema privó en los ánimos. Reclamaron a César, quien anuló el privilegio.

Fray Dionisio se vuelve borroso en la penumbra. Sus ojos se hunden mientras habla lentamente. A veces diríase que ha muerto. Leiziaga le ofreció un cigarrillo y acercó su vaso.

—Por cierto —continuó en tono familiar— que este Lampugnano tiene semejanza con cierto Leiziaga. ¿No andas como él en busca de fortuna? Todos buscan oro. Hay, sin embargo, una cosa que todos olvidan: el secreto de la tierra.

Leiziaga se inclinó de nuevo sobre el plano de Nueva Cádiz. Después se le ocurrió un pensamiento que le hizo reír. ¿Sería él acaso el mismo Lampugnano? Cálice, Ocampo, Cedeño. Es curioso. Recordó este aviso en el camino de La Asunción a Juan Griego: “Diego Ordaz. Detal de licores”.

Los mismos nombres. ¿Y si fueran, en efecto, los mismos? Se volvió a sentar, a un gesto del fraile, que hojeaba un cuaderno amarillento, un manuscrito antiguo.

Su reloj marcaba las ocho. En aquel momento le asaltó el recuerdo de las ciudades envueltas en una atmósfera sensual y luminosa. Aquel mundo le parecía infinitamente distante.⁶

Este personaje —Lampugnano— seguramente lo tomó Enrique Bernardo Núñez del *Viaje a las regiones equinocciales*. Dice Humboldt que: “En Italia como en España se hizo el islote de Cubagua objeto de numerosas especulaciones mercantiles. Benzoni refiere la aventura de cierto Luis Lampugnano, a quien Carlos V había acordado el

⁶ Enrique Bernardo Núñez, *Cubagua*, Caracas, 2º Festival del Libro Venezolano, 1959, pp. 34-35.

privilegio de ir con cinco carabelas a las costas de Cumaná con el fin de pescar allí perlas”.⁷ Sabemos que Lampugnano había permanecido cinco años en Cubagua y que había muerto en un acceso de demencia. Es importante explicar que la influencia de Humboldt se siente con fuerza amorosa en muchos de los escritos de Enrique Bernardo Núñez. Especialmente en su libro *La ciudad de los techos rojos*, que redactó en su época como cronista de la ciudad de Caracas, vemos que hay un espacio importante para el viajero universal. Y es que, en efecto Enrique Bernardo Núñez siguió deleitosamente las huellas de Humboldt en sus propias expediciones por las calles y esquinas de la capital. Oigamos al cronista venezolano:

En la tarde del 21 de noviembre de 1799 —el mismo año de la partida de Bolívar para España— llegaban a Caracas el barón Alejandro de Humboldt y Amadeo de Bonpland. La casa que les destinó el gobernador Manuel de Guevara Vasconcelos estaba en la esquina de la Cruz del Puente de la Trinidad o de la pila del Puente de la Trinidad, hoy del Panteón (Avenida Norte y Oeste 13). En su *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, Humboldt describe la casa que le sirvió de alojamiento: “Una casa grande, casi aislada en la parte más elevada de la ciudad”. Desde un mirador podía recorrer con su antejo el paisaje de Caracas: la fila de Galipán, el valle del Guayre, la Silla envuelta en nubes. Grandes incendios estallaban en el Ávila, y Humboldt admiraba los efectos de luz que el fuego producía en la montaña. El cielo estaba brumoso.⁸

Volviendo a los trazos de la tierra patria y su historia, que prosigue, según Enrique Bernardo Núñez, por las mismas vías iniciadas por los conquistadores, considera que para lograr poseer la tierra realmente “lo primero que hemos de conquistar es el propio territorio. Los ingleses tienen otro concepto. Por eso conoce también la región de Trinidad, del Orinoco y del golfo de Paria, entre otras. Por eso las torres de sus pozos se yerguen en el delta de ilimitadas posibilidades, según dicen sus geólogos”.⁹ Ese descubrir la tierra había cobrado una fuerza muy peculiar en la novela, sobre todo por la necesidad de reponer, a través de la catártica ficción, los daños causados por la codicia que dominó en las islas que en un pasado muy lejano había preñado maravillosas perlas, en las antes impenetrables montañas que habían custodiado ciudades cristalinas,

⁷ Humboldt, *Viaje a las regiones equinocciales* [n. 3], tomo 1, pp. 446-447.

⁸ Enrique Bernardo Núñez, “Casa de Humboldt”, en *La Ciudad de los techos rojos*, Caracas, Monte Ávila, 1988, p. 283.

⁹ Enrique Bernardo Núñez, “Signos en el tiempo”, en *Bajo el samán*, Caracas, Biblioteca Venezolana de Cultura, 1963, p. 18.

en los inconmensurables llanos cuyos espejismos aún asustan a los viajeros y en los encauces de los ríos que arrastraron en su corriente vertiginosa el preciado metal dorado. Según Orlando Araujo “*Cubagua abre el miedo metafísico en la narrativa venezolana*”.¹⁰ Oigamos otro fragmento de la novela:

Ya conoce esas lenguas bárbaras, llenas de ideas poéticas, primitivas. El légamo se va cubriendo de osamentas. Muchos eran arrastrados por las mantas feroces o destrozados por los tiburones. Si tardaban en sumergirse les forzaban ellos: perlas. También perecen los blancos acosados por los dardos mortíferos, por las fieras y el hambre. Es la iniciación de una lucha que no ha terminado aún, que no puede terminar.¹¹

Siempre el afán destructivo de El Dorado, de las perlas:

La perla es la vida de todos. Pocos días antes los trabajadores de Margarita solicitaron la apertura de la pesca antes de que el “turbio” dañase los ostrales [. . .] Al fin y al cabo, sacar unas perlas que están en el fondo del mar no es delito repugnante. Las perlas están ahí para que todo el mundo se beneficie de ellas.¹²

Y si se huye por culpa de la realidad de una tierra que quiere tragar a los hombres, es para seguir buscando —como en un hechizo— otra ciudad dorada, en la búsqueda de un futuro mejor que siempre es presente y pasado. Un camino fluvial se dibuja y se abre en forma de hoja. Leiziaga va silencioso hacia el río Orinoco conducido por un velero.

Orinoco, la esperanza

Y por cierto, cinco siglos antes ya había remontado el Orinoco por primera vez una expedición dirigida por Diego de Ordaz que partió, como sabemos, de las costas de Venezuela. Esta expedición se convirtió en la precursora de la búsqueda de El Dorado por las riberas de este grandioso río que baña nuestro país. Ordaz estaba deseoso de demostrar que los afluentes de este majestuoso río conducían hasta las fuentes del oro, decía también que ahí había una conexión entre el color del metal y el brillo dorado del sol que guiaba su camino:

¹⁰ Orlando Araujo, “Ensayo sobre la obra literaria de Enrique Bernardo Núñez”, prólogo a *Cacao*, compilación de Enrique Bernardo Núñez, Caracas, Banco Central de Venezuela, 1972 (*Colección de obras generales*), p. 24.

¹¹ Núñez. *Cubagua* [n. 6], p. 50.

¹² *Ibid.*, pp. 18 y 89.

El Dorado se esfumaba ante los ojos del hombre blanco. Algunos se devolvieron a punto de alcanzarlo. Otros pasaron junto a él sin verlo, cegados acaso por su mismo fulgor. Buscándolo en todas partes. Se esfumaba en la niebla de las cordilleras y de los ríos [...] Si acaso alguno penetró en las calles de Manoa, fue como esclavo. Le pusieron una venda en los ojos. Así ocurrió a Juan Martínez, maestro de municiones de Diego de Ordaz.¹³

Este conquistador español era duro y rígido pero igualmente aventurero, y ciertamente famoso por su tenacidad en tratar de llegar a El Dorado. Se le recuerda tristemente en la isla de Trinidad por haber dejado ahí vagos e infructuosos intentos de colonización. Fundó una ciudad en el golfo de Paria, pasó por Cumaná y los propietarios de la industria perlífera de Cubagua se resistían a sus deseos de construir ahí una base para sus expediciones a través del Orinoco. Y fueron precisamente las afanosas fantasías de Ordaz sobre las maravillosas ciudades doradas de la selva venezolana las que incitaron a Walter Raleigh a cruzar el océano para incursionar el Orinoco. El famosísimo cortesano y corsario inglés, poeta y favorito (en un tiempo) de la reina Isabel, se había encantado con muchas lecturas de libros sobre América mientras se encontraba prisionero entre los pesados ladrillos de la Torre de Londres (1592) —a causa de los celos de la propia y amada reina Isabel— y le surgió el deseo de aventurarse para ganarse nuevamente el favor de la reina, en la búsqueda de los maravillosos tesoros que creía iba a encontrar en las ya famosas y no menos fantásticas colinas doradas de Manoa, situada a las orillas del mítico lago Parima.

Cuenta la historia que cuando en abril de 1595, el poco sortario conquistador español Gonzalo de Berrío se encontraba en la isla de Trinidad esperando la ayuda de España, corrió la noticia de la presencia de dos barcos extranjeros en la bahía de Puerto España. Eran embarcaciones inglesas de la expedición de sir Walter Raleigh. España e Inglaterra no estaban formalmente en guerra, pero las relaciones entre los dos países eran muy tensas por cuestiones religiosas. Habían transcurrido apenas unos años de la derrota de la Armada Invencible, por lo que la llegada del famoso *Milor Guatarral* causó gran alarma. Atacó ese pequeño poblado de Trinidad, pero en realidad era un ataque contra Berrío como venganza porque los españoles habían matado a ocho ingleses que servían a las órdenes de un capitán de Raleigh, según la versión del propio Milor. Era el prototipo del hombre isabelino: intelectualmente brillante, ingenioso, ocurrente, hábil en las intrigas de

¹³ Enrique Bernardo Núñez, *Orinoco: capítulo de una historia de este río*, Caracas, Ayacucho, p. 244.

la corte, ambicioso, implacable, valiente y sobre todo aventurero. Batalló en las Canarias, las Azores y el golfo de Vizcaya. Cuando llegó a Trinidad, reunió a los caciques y les habló sobre el poderío y la bondad de su reina, “una virgen que gobernaba sobre más jefes que árboles había en la isla”, como lo refiere el fiel corsario. Se oponía a la tiranía española y había enviado hombres para liberar a los habitantes de Trinidad y defender la Guayana de la conquista española. En 1595 hizo una expedición por el Orinoco que duró algo más de un mes. Fue la primera aventura inglesa al interior de la América del Sur. Walter Raleigh se estaba convirtiendo así en una víctima más de la leyenda de El Dorado. Su imaginación le hace fabricar la historia maravillosa de la huida de los últimos descendientes de los emperadores incas por el Amazonas y el Orinoco para establecerse en la legendaria Manoa: “Hace muchos años que tengo conocimiento, por informes, del poderoso, rico y bello imperio de Guiana (Guayana) y de la grande y dorada ciudad que los españoles llaman El Dorado y los naturales Manoa”.¹⁴

De regreso al Caribe y después de pasar por mil y una penurias y con las arcas vacías, ya que él mismo se había financiado las expediciones, los barcos de Raleigh trataron de ganar algún tesoro para resolver sus problemas económicos. Navegaron, pues, a la isla de Margarita en busca de las ya famosas y tan deseadas perlas. Todas estas peripecias con todo detalle quedaron plasmadas en el relato de Raleigh que publicó en su citado libro titulado *Las doradas colinas de Manoa*. No podemos negar que es una narración en verdad interesante, pues contiene una enumeración de todas las expediciones anteriores de las que tenía noticia y que habían partido en busca de El Dorado. Y al explicar la leyenda de El Dorado, logró mezclar aquel mito del hombre bañado en oro con otras anteriores y posteriores, para llegar a una combinación realmente insólita. Fue así como el corsario inglés se convirtió en uno de los que le dio mayor popularidad a esa leyenda que pareciera ser necesaria para estimular la mente de los hombres y que aún hoy día los sigue incitando, ¿pero ahora a través, me pregunto, de la Internet y las estafas virtuales?

Es evidente que sir Walter Raleigh se había enamorado del “gran río Orinoco”, según sus propias palabras, tanto así que quiso incluso establecer en sus orillas algunas colonias. Su descripción:

¹⁴ Walter Raleigh, *Las doradas colinas de Manoa* (traducción del inglés por Xuan Tomás García Tamayo), Caracas, Centauro, 1980, p. 25.

A ambos lados de este río (Orinoco) se extendía el más bello país que mis ojos jamás hallan contemplado; y por consiguiente todo lo que habíamos visto antes no era nada sino bosques, zarzales, arbustos y espinas; aquí contemplamos llanuras de veinte millas de longitud, de pasto bajo y verde, y en diversas partes sotos de árboles juntos, como si hubieran sido hechos por el arte y trabajo del mundo para tal propósito.¹⁵

Neruda afirma que Orinoco era el apellido que le faltaba. Y es que el Orinoco es uno de los ríos no sólo más grandes sino más imponentes de la América del Sur, originándose en la Sierra de Parima y entra al Atlántico por el gran Delta; de los múltiples canales que como los tentáculos de un enorme pulpo dirige hacia el Caribe, algunos son perfectamente navegables.

Humboldt lo describió en toda su majestad:

Con la salida del Apure nos encontramos metidos en un país completamente distinto. Hasta donde alcanzaba la vista, extendiase una inmensa superficie acuática, comparable a un lago. El penetrante griterío de garzas, flamencos y pelicanos cuando pasaban en largas bandadas de una a otra orilla, llenaba ya el aire. Apenas veíamos acá y acullá, entre las sinuosidades de las olas, un gran caimán que, con ayuda de la cola, surcaba diagonalmente la movida superficie del agua. El horizonte estaba rodeado de un cinturón de selva, pero en ninguna parte avanzaba ésta hasta el río. Anchas orillas, eternamente expuestas al ardor de los rayos solares, peladas y áridas como la ribera del mar, parecían, a causa de la refracción atmosférica, lejanas extensiones de aguas estancadas. Estas orillas arenosas más bien borran los límites del río, en vez de precisarlos; según el juego cambiante de la refracción, las riberas tan pronto se acercaban como se alejaban [. . .] Estos rasgos de dispersión del paisaje, este sello de soledad y grandiosidad, caracterizan el curso del Orinoco, uno de los ríos más caudalosos del Nuevo Mundo [. . .] El punto donde se produce la famosa bifurcación del Orinoco ofrece un espectáculo de rara grandeza. En la orilla norte se elevan altas montañas de granito, de las cuales se distinguen, a lo lejos, el Maraguaca y el Duida.¹⁶

Y de vuelta al siglo xx y a nuestro autor Enrique Bernardo Núñez, en su tan esmerado como interesante ensayo *Orinoco: capítulo de una historia de este río*, el secreto de la tierra esta vez va a guardarse en el

¹⁵ *Ibid.*, p. 130.

¹⁶ Alejandro de Humboldt, "Confluencia del Apure y el Orinoco. Baraguan. Carichana. Confluencia del Meta. La Isla de Panumana", capítulo xix. "El Casiquiare. Bifurcación del Orinoco", capítulo xxiv, en *Del Orinoco al Amazonas*, Barcelona, Guadarrama/Punto Omega, 1982, pp. 282, 396, 199.

misterio de los ríos. “El Orinoco es su símbolo y su centro”,¹⁷ afirma Orlando Araujo. Se publica en 1943 y el autor lo divide en “Manoa, la Golden City”, “El secreto del Dorado”, “El viaje de Raleigh” y “La herencia de Elisabeth”. Es evidente y extensa la influencia en este trabajo de las narraciones de sir Walter Raleigh, y también pero en menor medida, del *Viaje a las regiones equinocciales*, de nuestro famoso viajero alemán. Y no sólo que *Orinoco* es un ensayo sobre las crónicas de la búsqueda del Dorado en la región bañada por el “gran río”, sino que el autor inserta en esa historia algo más trascendental que lo simplemente descriptivo o informativo geográfico. *Orinoco* es de hecho una profunda reflexión a la vez que visión recordatoria del constante asedio a que ha estado sometida Venezuela y sus naturales riquezas. También la reclamación de sus fronteras. Es el alerta de una voz que quiere dejarse oír como denuncia colectiva de que lo que aconteció en aquellas remotas épocas de descubrimientos no fue más que el comienzo de un continuo socavar en beneficio de naciones e intereses extranjeros, corsarios galardonados y despojadores impenitentes. Dice Oswaldo Larrazábal que el ensayo *Orinoco* es “el reclamo apasionado de un escritor venezolano que se angustiaba ante la vigencia intemporal de la ambición colonialista”.¹⁸

Leamos otro fragmento de este importante ensayo:

La adquisición de Trinidad frente al Delta del Orinoco le depara una magnífica posición para dominar la entrada del río. Cuando el bloqueo de las costas de Venezuela en 1902 los navíos ingleses se sitúan en las Bocas del Orinoco en demostración de reivindicar aquellas pretensiones. *Luego sus geólogos descubren que el lecho submarino entre la isla de Trinidad y la Costa de Venezuela forma una misma zona extraordinariamente rica en petróleo [...]* La historia del litigio es un interminable desfile de fantasmas, desde Colón y Alonso de Ojeda y demás descubridores hasta los más ignorados colonos holandeses y españoles. El Papa Alejandro VI, el Emperador Carlos V y el Rey Felipe IV y Carlos II el hechizado, La Reina Ana de Gran Bretaña y el Rey Felipe V. Embajadores, ministros, piratas, negociantes, cronistas, misioneros. El decapitado sir Walter Raleigh, el poeta Juan de Late, quien escribía las proezas de holandeses y españoles. Acudían todos a dar testimonio a favor de Venezuela o de Gran Bretaña, según el caso.¹⁹

¹⁷ Araujo, “Prólogo” a *Cacao* [n. 10], p. 24.

¹⁸ Oswaldo Larrazábal, prólogo a *Novelas y ensayos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1987, p. 235.

¹⁹ Núñez, *Cubagua* [n. 6], cursivas en el original, p. 253.

Finalmente podemos decir que la mayor parte de los ensayos de Enrique Bernardo Núñez son ciertamente, además de amenos, trabajados, densos y el rigor subyace sobre todo en las muchas lecturas que se sienten y el prolijo y minucioso aparato documental que se percibe en cada afirmación, en cada secuencia argumental, en cada cita. Enrique Bernardo Núñez logra su efecto en el estricto sentido del género ensayístico, por acumulación, compromiso, densidad, reflexión y textura estilística. Orlando Araujo dice: “Historiador, narrador, periodista, cronista, biógrafo, crítico y curioso, Enrique Bernardo Núñez es, por sobre toda clasificación y en la trastienda de todos sus orígenes, un ensayista”.²⁰

Podemos decir sin lugar a dudas que Enrique Bernardo Núñez dio al ensayo, en aquel momento de la búsqueda de las identidades, un esplendor y una flexibilidad antes no conocidos, unidos a su amor por la tierra. Y como yo lo decía al principio, en un lenguaje muy poético, leamos esta frase del primer capítulo “Manoa, la Golden City” de *Orinoco* donde la imagen estética se entrelaza a la narración en un estilo densamente poético:

Al llegar a la Boca del Orinoco, Raleigh cae gravemente enfermo. Su hijo muere en el asalto a Santo Tomás de Guayana, de cara al enemigo. El fin era, pues, la muerte de su hijo y el fracaso de sus sueños. El mundo para él ya no tenía objeto. Un crepúsculo magnífico caía sobre el Delta y las sombras de la noche no dejaban ver sus lágrimas.²¹

En cuanto a la temática de sus ensayos, la selección salida de su inquieta, curiosa y densa pluma forma un abanico ciertamente muy variado de asuntos, y si hacemos un arqueo minucioso de los títulos, vemos que son de su preferencia los referidos a la situación existencial y geográfica de Venezuela, a los problemas de la venezolanidad y al estudio de los perfiles de personajes venezolanos (Andrés Bello, Francisco de Miranda, Agustín Codazzi, Aristides Rojas entre otros), todos dentro del ámbito de la identidad nacional. Con una profunda sensibilidad especialmente por la tierra originaria. Y en 1963, “como si presintiera que la muerte se le acercaba”, trazó en el *Índice de sus trabajos publicados* una suerte de “personalísima bibliografía que es en el fondo una guía de sus escritos”.²² En 1964 murió en su casa de Caracas, un primero de octubre.

²⁰ Araujo, “Prólogo”, *Cacao* [n. 10], p. 24.

²¹ Núñez, *Orinoco* [n. 14], p. 244.

²² *Novelas y ensayos*, cronología por Roberto José Lovera De-Sola, p. 325.

Conclusión

CON el paso de los siglos, El Dorado sigue presente en el imaginario de los hombres, pero cambia de rumbo, según va llamando el interior de la tierra. A principios del siglo xx, con la esperanza de mejor fortuna, muchos venezolanos se van a trabajar, después de poblar las húmedas tierras del Delta del Orinoco, a las petroleras del Zulia y de Oriente. Sabemos sin embargo que por lo general la búsqueda de riquezas termina mayormente en devastación. Entonces, ¿dónde hay esperanza? La esperanza del ser humano, según Enrique Bernardo Núñez, está en la búsqueda de la Libertad. Y a manera de esperanzadora conclusión “hacia un futuro mejor” (valga el clisé) me permito transcribir este fragmento de su ensayo de *El Dorado y la Libertad*.

El Dorado les había infundido a los conquistadores la fuerza de la hazaña. Más tarde fue la conquista de la libertad, y de nuevo, otro ideal multiplicó las energías y alimentó la hazaña. El “mito” de la Libertad (por la férrea voluntad de los libertadores) resulta más humano [...] Es indudable que los pueblos necesitan de una fuerza superior a la del oro. El Dorado y la Libertad son dos maneras de concebir la Historia. Tal vez ambas puedan identificarse. Tal vez la lucha que hoy se desarrolla en el planeta no tiene otro significado. La lucha entre el oro y el hombre. Entre el oro y la voluntad o el espíritu. De estos dos objetivos sale el orden de los Conquistadores y el orden de los Libertadores, en los que realmente puede dividirse este periodo de la historia de Venezuela. La ruta del Dorado nos pone en comunicación con el hombre primitivo. En su horizonte destella un mundo poético de inmenso valor humano.²³

BIBLIOGRAFÍA

Obras de Enrique Bernardo Núñez consultadas

Cubagua, Caracas, 2º Festival del Libro Venezolano, 1959.

Novelas y ensayos, prólogo de Osvaldo Larrazábal, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1987.

La ciudad de los techos rojos, Caracas, Monte Ávila, 1988.

Relieves, Caracas, Congreso de la República, tomos I y II, 1989.

Bajo el samán, Biblioteca Venezolana de Cultura, 1963.

Codazzi o la pasión geográfica, Caracas, Escuela de Periodismo ucV, 1961.

²³ Núñez, *Bajo el samán* [n. 9], pp. 20-21.

Escritores venezolanos, Mérida, Universidad de Los Andes, Ediciones del Rectorado, 1974.

Núñez, Enrique Bernardo, *Orinoco: capítulo de una historia de este río*, Caracas, Ayacucho.

Bibliografía general

Araujo, Orlando, "Ensayo sobre la obra literaria de Enrique Bernardo Núñez", prólogo a *Cacao*, compilación de Enrique Bernardo Núñez, Caracas, Banco Central de Venezuela, 1972 (*Colección de obras generales*), p. 24.

Atay, Edmundo, "La actual literatura de Venezuela", en *Panorama de la actual literatura latinoamericana*, Madrid, Fundamentos, 1971.

Barnola, Pedro, *Altorrelieve de la literatura venezolana*, Caracas, Ministerio de Educación, 1970.

Beltrán Guerrero, Luis, *Región y patria*, Caracas, Venezuela, Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1985 (Col. *Literatura y Pensamiento*, núm. 8).

Codazzi, Agustín, *Obras escogidas*, prólogo de Enrique Bernardo Núñez, advertencia editorial y notas de Pedro Grases, Caracas, Ministerio de Educación, 1961, 2 vols.

Díaz Seijas, Pedro, *La novela y el ensayo en Venezuela*, Caracas, Armitano, 1972.

Hemming, John, *En busca de El Dorado*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1984.

Humboldt, Alejandro de, *Del Orinoco al Amazonas*, Barcelona, Guadarrama/PuntoOmega, 1982.

———, *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*, Caracas, Monte Ávila, 1990 (tomos I-V).

Miranda, Julio E., *Proceso a la narrativa venezolana*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1975.

Moreno Garzón, Pedro, *Venezolanos ciento por ciento*, Caracas, Cecilio Acosta, 1943.

Naipaul, V.S., *La pérdida de El Dorado*, Caracas, Monte Ávila, 1971.

Raleigh, Walter, *Las doradas colinas de Manoa* (traducción del inglés por Xuan Tomás García Tamayo), Caracas, Centauro, 1980.

Steiner, George, *Antígonas: una poética y una filosofía de la lectura*, Barcelona, Gedisa, 1987.

Subero, Efraín, y otros, *Bibliografía de Enrique Bernardo Núñez*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1970 (*Colección Bibliográfica*, núm. 6).

Tablante Alcalá, Leopoldo, *Los relieves de Enrique Bernardo Núñez 1936, 1937 y 1939: etapa periodística de transición*, Caracas, Fundación Carlos Eduardo Frías, 1993 (Col. *Canícula*, núm. 3).

VV.AA sobre Enrique Bernardo Núñez, revista *Crónica de Caracas* (Concejo Federal, Caracas), núm. 62 (octubre de 1964).

———, *El Nacional* dedicada a la memoria de Enrique Bernardo Núñez, Caracas, 1º de octubre de 1965.